

te imprescindible y, como suele realizar el Servicio de Publicaciones de la Universidad alicantina, bellamente impresa.

Emilio Soler Pascual
Universidad de Alicante

INAREJOS MUÑOZ, Juan Antonio: *Ciudadanos, propietarios y electores en la construcción del liberalismo español. El caso de las provincias castellano-manchegas (1854-1868)*. Madrid: Biblioteca Nueva. 2008, 366 pp.

En general, ha constituido un lugar común en la historiografía decimonónica la consideración de las zonas rurales interiores de la España del ochocientos como apolíticas, desmovilizadas y dominadas por la atonía. Son sólo algunos de los tópicos que se derrumban tras la lectura de la sólida monografía de Juan Antonio Inarejos, anclada en novedosos planteamientos metodológicos y un variado y rico abanico de fuentes. Articulada en torno a la revolución del voto que cimentó una nueva legitimidad política vinculada a la idea de ciudadanía, la investigación se ha hilvanado sobre un espacio nuevo: las provincias que en la actualidad constituyen Castilla-La Mancha. Unas circunscripciones que como demuestra el autor constituyeron importantes espacios de poder en la organización del Estado central, secularmente silenciadas por la proximidad a la capital del Estado y por su carácter rural. Pero, justamente por esta característica, son certeramente consideradas como arquetipos de la España agraria que protagonizó la construcción del Estado liberal.

Es innegable que en las dos últimas décadas se ha asistido a una renovación de los estudios del liberalismo decimonónico, con fructíferos resultados en los análisis planteados desde ejes conceptuales como la representación política, la construcción de la ciudadanía o la perspectiva propositiva. No obstante, era necesario un estudio que abordase estas claves en unas circunscripciones y unos años tan decisivos del siglo XIX. Hasta fechas recientes los análisis de los procesos electorales se habían centrado secularmente en la etapa de la Restauración canovista. No obstante, para rastrear los orígenes del caciquismo era necesario retrotraerse a la etapa isabelina, como acertadamente se realiza en este trabajo bajo los parámetros de la nueva historia política. Un enfoque que deja a un lado rígidos corsés para combinar factores políticos, económicos, sociales y culturales a la hora de escudriñar el complejo fenómeno caciquil. Según explica Juan Antonio Inarejos, el objetivo es dotar de contenido social al poder político y captarlo en sus diferentes manifestaciones. Una interesante perspectiva que le permite superar la tradicional visión negativa de los comicios isabelinos, derivada de la generalizada corrupción electoral, y el tratamiento de la política como un compartimiento estanco respecto a la sociedad. Un minucioso rastreo que nos conduce a desentrañar las pautas teóricas que mediaron en la articulación de la nueva soberanía a lo largo del tránsito del súbdito al ciudadano, los

significados del proceso electoral como elemento legitimador del nuevo gobierno representativo y el valioso deslinde de los perfiles sociológicos que sustentaron los diferentes modelos de sufragio desde los comienzos de la andadura liberal. La obra no concluye con el tratamiento de los aspectos normativos de las legislaciones electorales, sino que consigue analizar con solvencia su trasfondo social para adelantar las claves del respaldo cosechado por los diferentes partidos políticos. También indaga en el papel desempeñado por la prensa en la politización rural, en la organización de los partidos políticos más allá de los principales centros de poder y como agente canalizador de las aspiraciones de las elites locales.

Estudiar las elecciones no significa para el autor, sin embargo, obviar a las fuerzas políticas sin representación parlamentaria: demócratas y carlistas. Se da cumplida cuenta y se analiza con detalle su implantación, aunque fragmentaria y desigual, en estas provincias. Se evalúan los resultados de la difusión del ideario demócrata-republicano en unas provincias rurales e interiores, un fenómeno sociopolítico que, como argumenta con brillantez el autor, no gozó de exclusivo arraigo en las zonas urbanas y de la periferia peninsular. Las nuevas lindes interpretativas de la historia cultural han contribuido a revalorizar los factores simbólicos a la hora de construir representaciones y cohesionar actitudes en torno a una determinada identidad política, elementos que Juan Antonio Inarejos desmenuza a partir de su intervención en la movilización republicana y carlista.

Ahora bien, sobre todo predominó en estas décadas la organización del poder electoral a través de unas redes caciquiles cuyo desvelamiento ocupa una parte importante de la investigación. Se detallan las relaciones de este poder con el territorio, con instituciones representativas, con partidos políticos, con clientelas y con redes de parentesco. Es constante la reflexión en torno a las relaciones entabladas entre el catalogado como caciquismo gubernamental y el caciquismo local. Un sugerente enfoque que aporta las claves explicativas para entender los factores que determinaron la dosificación de la influencia ministerial en las elecciones. Pero también el peso de la cultura política del pacto y el desbroce del supuesto arraigo de la figura del diputado cunero como presunto corolario de unas provincias en absoluto subordinadas, como se puntualiza a lo largo de la obra con insistencia machacona.

En semejante entramado de poderes, y en sintonía con la actual deriva historiográfica que revaloriza el protagonismo de los poderes locales en la construcción del Estado liberal, no se podía dejar de profundizar en el contenido del movimiento juntero de 1854. Como supo captar el autor, fue un año clave en muchos aspectos para la delimitación de los contornos de los partidos políticos liberales y sus respectivos programas y clientelas. También para los ayuntamientos y las diputaciones que suplantaron a las juntas en la dirección de la administración local y provincial. El minucioso seguimiento de la actividad de estas instituciones en la gestión del servicio de guardería rural permite a Juan Antonio Inarejos profundizar en el modo concreto en el que se articularon, complementaron e interfirieron los tres eslabones del poder liberal. Pero también destilar nuevos detalles sobre el complejo entramado caciquil, en absoluto circunscrito al terreno electoral.

La obra también propone un estudio sistemático del complejo conjunto de categorías anejas al concepto de representación política. El método elegido no es otro que un interesante seguimiento de la actividad parlamentaria de los 150 representantes que obtuvieron un escaño por alguna de las cinco provincias. Un enfoque que busca acotar los perfiles representativos de los diputados durante el proceso electivo, ajustar la aplicación efectiva de los principios de la teoría liberal-burguesa de la representación y establecer arquetipos de los principales colectivos. Pero que también lanza hipótesis en torno a los objetivos que los diputados persiguieron con su actividad dentro y fuera del Parlamento, adelantando a su vez algunas de las principales conclusiones: la abismal disociación establecida entre las formulaciones teóricas de la representación política y su aplicación práctica. Quizás uno de los aspectos más interesantes sea el desbroce de los entresijos de las relaciones extraparlamentarias que la condición de diputado permitió a los representantes entablar con miembros del poder central. Unos escurridizos manejos hábilmente desenmascarados gracias al manejo de la ineludible documentación epistolar privada de José Posada Herrera.

Quizás, en conclusión, futuros trabajos deberían profundizar en las relaciones entabladas entre los poderes locales y centrales en el terreno electoral, eje vertebrador del nuevo sistema representativo. Una línea de investigación que permitiría continuar perfilando y contorneando las realidades que canalizaron la representación política isabelina y anticiparon las claves del posterior sistema canovista. En esta línea habría que ubicar la enjundiosa propuesta de Juan Antonio Inarejos, una investigación que, en palabras del autor, ha permitido derrumbar el lugar común de unas provincias dominadas por los candidatos cuneros, y sus anejas connotaciones de subordinación y desmovilización. Al contrario, este trabajo ha demostrado cómo hubo una auténtica politización en los distintos niveles, a los que llegó el reto de participar en el Estado y en las instituciones. La ciudadanía se vertebró desde las clases propietarias ante todo, no cabe duda, pero esto repercutió en toda la sociedad. Por acción o por omisión, por adhesiones y lealtades o por oposición y rechazo.

Damián Alberto González-Madrid
Universidad de Castilla-La Mancha

PLANET, Ana I.; RAMOS, Fernando (Coords.): *Relaciones hispano-marroquíes: Una vecindad en construcción*. Presentación a cargo de los coordinadores. Madrid: Ediciones del Oriente y el Mediterráneo. Colección Encuentros. Serie TEIM. 2005, 430 pp.

Las relaciones hispano-marroquíes ciertamente pueden conceptuarse como una vecindad en construcción, según reza el título de este libro. Y no sólo en el momento presente sino también en el pasado. Sobre todo en los últimos ciento cincuenta años, en que logros concretos de aproximación nunca han quedado asegurados por completo, por causas diversas atribuibles a una u otra de las partes implicadas, o bien ambas.